

## VII

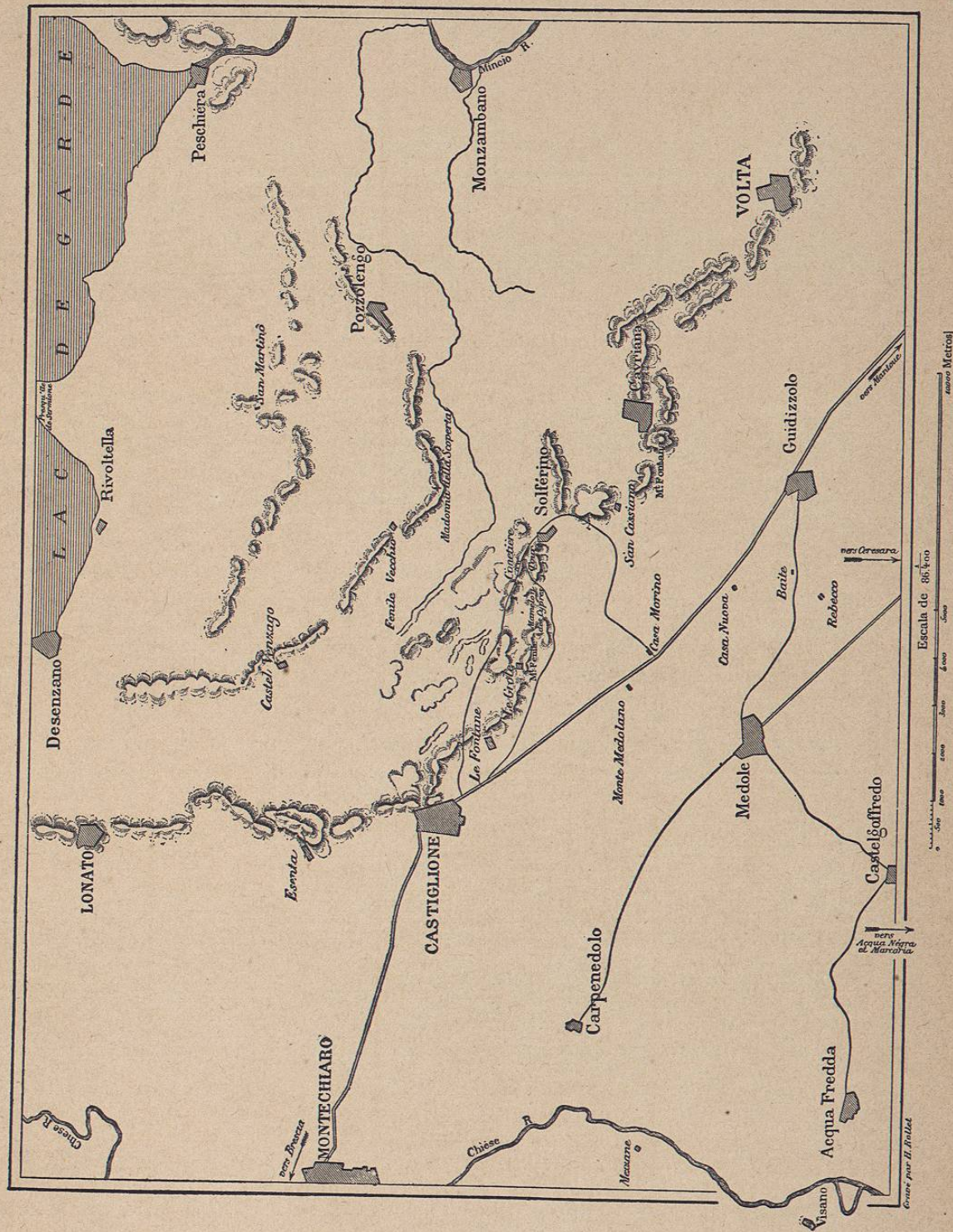
Mientras Napoleón III, durante aquel alto triunfante de Milán, discutía su conducta futura, los austriacos le ahoraban para el porvenir la molestia de un plan de campaña, pues vencidos en Magenta y vigorosamente rechazados en Melegnano, adoptaron una resolución que, á falta de otro mérito, tenía el de la sencillez, y que consistía en abandonar toda la orilla derecha del Po. El día 10 de junio supose que acababan de evacuar Pavía y hasta Plasencia, en donde habían edificado tantas obras y acumulado tan formidables materiales; y el mismo correo anunció la partida de la duquesa de Parma que había abandonado definitivamente sus Estados. En los días siguientes acentuóse aún más la retirada del enemigo que desalojó Lodi, Pizzighetone y Cremona, y repasó el Adda, que seguramente no defendería, pues prefería la línea del Chiesa ó tal vez la del Mincio. Para que fuese completa la concentración en los confines de Venecia sólo faltaba evacuar las Romañas, y el día 11 de junio las brigadas que componían las guarniciones de Bolonia, Rávena y Ferrara, comenzaron á pasar el Po: diez días después habían repasado el río los últimos destacamentos. En los círculos vieneses, sin embargo, todo se dispuso de manera que aquella marcha hacia atrás pareciese, no una retirada, sino una maniobra; el ejército, decíase, había sido medianamente mandado: pero llegaba el emperador Francisco José y con él las cosas iban á tomar otro aspecto; y se añadía que el Austria había sido muchas veces desgraciada en los comienzos de sus numerosas campañas, pero que siempre había reparado sus desgracias, merced á su perseverancia. Invocábase sobre todo un recuerdo: en 1848, Radetzki, el valiente Radetzki, arrojado de Milán, ¿no había retrocedido acaso hasta Verona? Y, sin embargo, después de haber reorganizado sus fuerzas, había reconquistado la Lombardia. Sin duda la fortuna reservaba un desquite análogo á los soldados en la escuela de Radetzki educados.

Ante aquella concentración, el emperador sólo podía tomar un partido, cual era perseguir al enemigo que momentáneamente se ocultaba: todo lo demás de la campaña podría decirse en pocas palabras. El ejército francés avanzó resueltamente, sin gran cálculo y animado de una confianza que sólo turbaba un temor, el del famoso cuadrilátero. Una mañana, al pie de una de las colinas que rodean el lago de Guardia, encontró al enemigo á quien no esperaba y que tampoco le esperaba á él; y como ambos contendientes eran valerosos, batiéronse encarnizadamente durante todo un día de junio bajo los ardores del sol y entre los estragos de la metralla. La victoria se decidió por el más emprendedor, por el más andarín, por el más ágil, es decir, por el soldado francés; sin embargo, como Europa refunfuñaba y las pérdidas eran enormes, el emperador se dió cuenta de dos cosas no nuevas y que habría podido leer en los libros, á saber: de que una coalición era un estorbo cruel y de que un campo de batalla ofrecía un espectáculo horrible. Sobre esto hizo toda clase de reflexiones juiciosas, que mejores hubieran sido tres meses antes, y un día, no pudiendo ya resistir más y con aquella sencillez cordial y graciosa que le hacía simpático á pesar de sus defectos, fué á ver al emperador de Austria, ad-

miróse con él de que se hubiese derramado tanta sangre, le estrechó la mano y aun le besó, y en una hora concertó una paz que á nada ponía término, como no fuese á la carnicería. Después regresó á Francia apresuradamente y como cerrando los ojos para no ver lo que en Italia dejaba, es decir, las pasiones difíciles de contener y las esperanzas de peligrosa satisfacción. Comines, al relatar la expedición de Carlos VIII, la resume diciendo: «El viaje fué dirigido por Dios, así á la ida como á la vuelta, porque el caudillo y los conductores no sirvieron de nada.» Este juicio, á poca diferencia, volvía ahora á tener aplicación. Pero es preciso estudiar todo esto detalladamente.

Dos caminos conducían de Milán á Venecia; uno al Sur que torcía hacia el Po y otro al Norte que pasaba por Brescia; escogióse el del Norte que, según se decía, ofrecía más recursos, y el día 11 de junio comenzó el movimiento. Del 12 al 14 los aliados pasaron el Adda, los sardos por Vaprio y los franceses por Cassano, sin encontrar en parte alguna al enemigo y sin tener que vencer más obstáculos que los de las corrientes que, engrosadas por las recientes lluvias, dificultaron los trabajos de los pontoneros. Poco después las tropas pasaron el Serio y luego el Oglio. A la izquierda extendíanse los sardos, que iban algo delante de los franceses; en el centro, el grueso del ejército avanzaba sobre Brescia por Calcio y Chiari; y á la derecha, el tercer cuerpo, mandado por Canrobert, dirigióse hacia el Sur por Fontanella, Soncino y Mairano, y llevó bastante lejos sus reconocimientos, aunque sin ver á los austriacos, quienes, al decir de todas las gentes de la comarca, habían desaparecido en dirección al Chiesa. Durante aquel período no hubo más que una acción, un pequeño combate, por cierto poco favorable, que trabaron cerca de Treponti los voluntarios de Garibaldi que, actuando de exploradores, se alejaron considerablemente del ejército sardo. La marcha, aunque lenta, no dejaba de ser fatigosa, pues como Napoleón, por temor de una sorpresa, había formado sus cuerpos en un orden muy concentrado, las columnas se estorbaban mutuamente y sobre todo era preciso hacer por el camino muchos altos que, en las horas del calor más intenso, incomodaban extraordinariamente á los soldados, expuestos á insolaciones ó sofocados por el polvo. La gran cantidad de bagajes, que en vano se procuraba por todos los medios disminuir, así como el paso de numerosas corrientes de agua, fueron también causa de retraso ó de confusión. Además, los soldados se quejaban de la distribución de víveres que se hacía á hora muy avanzada y después de mucho esperar, faltando, por otra parte, á veces en algunas divisiones el café, la cebada y otros artículos. Luego á la intendencia se le ocurrió substituir el pan ó la galleta con una ración de harina de maíz, con lo que los habitantes del país hacían unas gachas llamadas *polenta*. Era de temer que un régimen tan distinto del ordinario debilitara á las tropas, ya puestas á prueba por la marcha, el cambio de costumbres y el clima. Algunos generales tomaron muy á pecho tales abusos; uno de ellos fué el general Trochu, quien en cartas muy enérgicas censuró con dureza lo que él llamaba deplorables desórdenes y anunció que iría en persona á presenciar las distribuciones: «Se necesita, decía, una alimentación cuya base sea el pan ó al menos la galleta, y el accesorio el tocino;»

## BATAJLA DE SOLFERINO (24 junio 1859)





y añadía: «El tocino es objeto de todas las ambiciones de nuestros soldados.» Esta humilde ambición raras veces se veía satisfecha, pues el tocino llegaba demasiado tarde para ser cocido y á menudo no llegaba. En muchas ocasiones, la generosidad de los habitantes ó el merodeo suplieron á la parsimonia de los servicios administrativos. A falta de cosa mejor, los infantes ó jinetes comían tristemente por la noche sus gachas de maíz, que no sabían preparar, y á veces las tiraban por el camino y se vengaban con toda clase de pullas del intendente á quien llamaban el *duque de la Polenta*.

El 18 de junio, el ejército aliado estableció sus acantonamientos alrededor de Brescia, ciudad que ocuparon el emperador y la guardia. Baraguey de Hilliers, conservando el contacto con los sardos, acampó en la carretera de Lonato y de Castiglione; el segundo cuerpo vivaqueó en San Zeno, el tercero en Borgo-Poncarole y el cuarto en Bagnolo. Los días 19 y 20 fueron de descanso y también de solemnidades militares, pues Napoleón entregó, en medio de las aclamaciones de la población bresciana, las medallas concedidas á consecuencia de los últimos combates. Al propio tiempo el ejército recibió en Brescia un refuerzo considerable, el de la división de caballería de la guardia que, habiendo tomado el camino de la Corniche, se había quedado muy atrás con relación á los demás cuerpos. Aquella magnífica división fué recibida con admirativa curiosidad, dejando á todo el mundo sorprendido por sus hermosos uniformes que contrastaban con los de las demás fuerzas, estropeados ya por la campaña; pero su llegada produjo aún más que admiración alegría, porque nuestras tropas tenían delante el Chiesa, las alturas de Lonato y de Castiglione y finalmente el Mincio, y como allí estaba sin duda el enemigo, bien se necesitaba la reunión de todas nuestras fuerzas para atacarle y presentarle una batalla decisiva.

Si los austriacos se habían decidido á emprender la retirada, era sólo con la esperanza de consolidar sus posiciones, de aumentar más cómodamente sus efectivos y sobre todo de refundirlos, y de aquí que en los últimos días se hubiesen redoblado los esfuerzos y la actividad, y dictado varios decretos ordenando la formación de los quintos batallones de guerra y estimulando con singulares ventajas los alistamientos voluntarios. Los contingentes así aumentados recibieron una nueva organización: aparte de los cuerpos destinados á observar la Hungría y la Galicia ó á apoyar eventualmente á Alemania en una guerra contra Francia, las fuerzas reunidas en Italia se distribuyeron en dos grandes ejércitos, puestos ambos, á partir del 16 de junio, á las órdenes del emperador Francisco José que había llegado el 30 de mayo á Verona, acompañado del barón Hess, jefe de Estado mayor general. El primer ejército, compuesto de los cuerpos segundo, tercero, noveno, décimo y undécimo, fué confiado al conde Wimpfen; el segundo, formado con los cuerpos primero, quinto, séptimo y octavo, tuvo por jefe al conde Schilick. Como se ve, Giulay, desacreditado por sus derrotas, había sido relevado de su mando. Al decir de los estados de situación formulados por las cancillerías militares, las fuerzas de ambos ejércitos se elevaban casi á 250.000 hombres; pero esta cifra formidable distaba mucho de ser la verdadera de las tropas combatientes: en efecto,

era menester descontar los indisponibles de toda clase, los enfermos, que eran muy numerosos, y también ciertos batallones dudosos que se consideraba preferible no utilizar; además, el décimo cuerpo fué destacado hacia el Po inferior, lejos del teatro de las operaciones activas; de modo que, hechas todas estas deducciones, podía contarse con un efectivo real de 160.000 hombres, cifra casi igual á la del ejército franco-sardo. Siendo, pues, semejantes en número las fuerzas de cada contendiente, la victoria había de ser el premio de la habilidad de los jefes ó del valor individual de los soldados.

El empleo de estas fuerzas era para los austriacos motivo de terrible ansiedad: los anteriores fracasos habían engendrado las vacilaciones, envalentonado el espíritu de crítica y multiplicado los dispensadores de consejos, y Francisco José, joven todavía y muy inexperto en cosas de la guerra, era poco á propósito para reconquistar la autoridad, imponer un plan y dirigir su ejecución. Un temor se sobreponía á todos los demás: pasaban aquellos ejércitos por Castiglione, por Lonato, por todos los lugares que habían hecho famosos las antiguas desgracias de los imperiales, y no concebían que el heredero de Bonaparte no hubiese recogido algunas partículas del genio de su antecesor; y esto era causa de una perplejidad que inducía á modificar todas las combinaciones en cuanto parecían definitivamente acordadas. Primeramente, decidióse tomar posiciones en la línea de las alturas que se extienden al Sur del lago de Guardia y defender el curso del río Chiesa; pero apenas adoptado, al parecer, este proyecto, surgieron las objeciones: ¿no era imprudente librar una gran batalla teniendo á la espalda el Mincio? Si las tropas se veían obligadas á retroceder, ¿no sería desastrosa la retirada, aun facilitada por muchos puentes? Estas críticas se formularon con tanta energía y tan sin recato, que al fin prevalecieron, ordenándose en su consecuencia la evacuación de la línea del Chiesa y repasando el 20 las tropas el Mincio, que desde aquel momento pareció ser la línea de defensa adoptada. Esto significaba un cambio de plan, cambio que fué el primero y que, como veremos, no había de ser el último.

Sucedió, pues, que cuando en 21 de junio el ejército aliado abandonó sus vivaques de las inmediaciones de Brescia, no encontró en su avance huella alguna del enemigo. A la derecha, el cuarto cuerpo, después de haber pasado el Chiesa, tomó posiciones en Carpendolo, mientras el tercero, que se había quedado atrás, se detenía en la orilla derecha, en Mezzano; en el centro, el segundo cuerpo, después de pasar el río, situóse en la orilla izquierda y al día siguiente llegó á Castiglione; y en el entretanto, el primer cuerpo acampaba en Rho, y al día siguiente pasaba el río y entraba en Essenta. El emperador, escoltado por su guardia, estableció en 21 de junio su cuartel real en Castenedolo, y el 22, dejando á retaguardia la división de caballería, se dirigió á Montechiaro. A nuestra izquierda, los sardos estaban distribuidos entre Lonato, Calcinato y Rivoltella y se apoyaban en el lago de Guardia (1). Nuestros oficiales, en tanto, escudriñaban con cierta ansiedad la llanura que á su derecha se extendía y observaban sobre todo las colinas que delante de ellos se alzaban y en el más

(1) Véase el mapa adjunto.



alto de los cuales debía estar, según los mapas, la aldea de Solferino; pero cesó su inquietud con los informes que les dieron todas las gentes de la comarca, que aseguraban que si bien los austriacos habían ocupado con numerosas fuerzas Solferino, Cavriana y Volta, después habían retrocedido y repasado el Mincio, encontrándose entonces seguramente en la orilla izquierda del río.

Bajo estas impresiones de seguridad comenzó la jornada del 23. A las nueve de la mañana, el aeronauta Godard, que había sido llamado por el cuartel general, elevóse en globo á una altura bastante considerable, y después de haber observado atentamente, según dijo, la comarca, afirmó que sólo había visto tres jinetes cerca de Pozzologo (1); pero, por la tarde, la situación varió, pues los centinelas puestos delante de Castiglione, los destacamentos enviados como exploradores y hasta los aldeanos, anunciaron la reaparición de cuerpos austriacos bastante importantes. En medio de todas estas conjeturas, nuestro Estado mayor, en vez de tomar los informes al pie de la letra, los interpretó: ¿á qué conducía que los austriacos hubiesen repasado el Mincio, si habían de volver á pasarlo dos días después? ¿Cabía admitir que el enemigo avanzara para disputar un terreno que dos días antes había abandonado voluntariamente? Esta idea preconcebida y por otra parte muy natural se sobrepuso á todas las apreciaciones. «Es de presumir, escribía por la noche uno de los jefes de cuerpo, que el enemigo, que tiene gran interés en saber á qué punto del Mincio vamos á dirigirnos, ha querido acercarse sus avanzadas para observarnos mejor; y al acercarnos se ha visto obligado á reforzarlas, siendo esta probablemente la causa de todos los movimientos observados por los centinelas ó señalados por los reconocimientos practicados durante el día (2).» Sólo Baraguey de Hilliers se alarmó, y persuadido de que Solferino se hallaba ocupado por los austriacos, recomendó al general Ladmiraull que fuese prudente, que en la marcha del siguiente día combinara sus movimientos con los de Forey, y que, en caso de ser necesario el ataque, no lo precipitara.

Aparte de esta orden previsorá del comandante del primer cuerpo, la jornada del 23 terminó sin que ninguna preocupación inusitada revelase la inminencia de una batalla. Iba cerrando la noche y poco á poco disminuían los ruidos de nuestros vivaques, en donde los soldados, ya medio vencidos por el sueño, hablaban de sus aldeas, en donde á aquella misma hora se encendían las alegres fogatas de San Juan. Todos esperaban una acción general, pero no para el día siguiente, y en medio del rudo trabajo de la guerra no querían perder ni un momento del precioso descanso que la obscuridad nocturna les aseguraba; así es que muy pronto reinó universal silencio sólo interrumpido por las pisadas de los centinelas que pasaban y repasaban por delante del campamento. Sin embargo, al través de las sombras casi lúcidas de aquella clara noche de junio, habrían podido adivinarse, distinguirse casi, otros vivaques, los de los austriacos, que también se entregaban al sueño. Durante toda la noche reinó la misma calma, como si

(1) Barón de Bazancourt, *Guerre d'Italie*, tomo II, pág. 124.  
(2) *Archivos del ministerio de la Guerra*.

la naturaleza se hubiese propuesto prolongar la ilusión de la paz; y al fin el cielo, iluminándose con sus primeros albores, anunció el nuevo día que para muchos había de ser el último de su existencia.

## VIII

Cuando, viniendo de Milán (3) por la carretera de Brescia, se ha pasado el Chiesa, se ofrecen á la vista dos regiones muy diferentes, según se mira hacia el Sudeste ó hacia el Este. Al Sudeste, es la continuación de la llanura lombarda, algo menos rica sin embargo, menos bien regada, árida á trechos, y con algunos pedregales que anuncian la proximidad de la montaña. Esta comarca, llana y uniforme, no ofrece más relieve que una pequeña colina, llamada Monte Medolano, tan poco elevado que no se notaría si no se señalasen los mapas. El país se halla cruzado por numerosos caminos, el principal de los cuales es la carretera que, partiendo de Brescia y pasando por Castiglione, se dirige hacia Mantua. De entre campos de morales surgen varios campanarios que marcan el emplazamiento de pueblos y aldeas: allí están la villa de Medole, la aldea de Rebecco, un poco más allá Guidizzolo y por último Ceresara, enteramente al Sur. En el horizonte, á gran distancia, algunas ondulaciones muy ligeras ocultan el curso del Mincio. Tal es la llanura.

Muy diferente es el espectáculo si, después de haber pasado el Chiesa, marchamos en derechura hacia el Este. Se tropieza entonces, por la parte de Lonato, Esenta y Castiglione, con una serie de colinas que á primera vista parecen aisladas y no dejan más que una imagen confusa. Examinándolas de cerca se ve que se desarrollan en una especie de semicírculo y forman como el cerco meridional del lago de Guardia. Cerca del lago se extienden en suave pendiente con deliciosas perspectivas entre colinas que permiten divisar, en la ribera, los pueblos de Desenzano y Rivoltella, la península de Sermione y, más allá, la inmensa sábana de agua que se alarga hacia el Norte: una de aquellas vertientes, la de *San Martino*, estaba llamada á una fama próxima. A medida que uno se eleva sobre el lago, el relieve de las alturas se acusa más; una de ellas se halla coronada por una capilla llamada la *Madonna della Scoperta*; más al Este aparece la villa de Pozzologo. Detrás se desarrolla la cordillera más considerable. Esta se compone de una serie de colinas que, á partir de Castiglione, sostienen en sus faldas varias aldeas, como Le Fontane y Le Grole, sufren luego una ligera depresión para formar en seguida dos promontorios, el uno plantado de cipreses y el otro coronado por un cementerio, una iglesia y un viejo castillo: entre ambos promontorios se alza la cumbre principal que domina una torre, verdadero observatorio de toda la comarca y llamada por esta razón la *Spia d'Italia*. En torno y al pie de estas vertientes se agrupa el pueblo de Solferino. Más allá de Solferino, el suelo baja otra vez para volver á formar varias eminencias, en una de las cuales se halla asentado el pueblo de Cavriana: las alturas se prolongan hacia el Volta y, por último, acaban en planicie cerca de las riberas del Mincio.

(3) Véase el mapa intercalado en la pág. 320.

Hacia tiempo que los austriacos conocían aquellas posiciones y las habían estudiado como se estudia un campo de maniobras. Sabían cuán propio era para la defensa aquel terreno accidentado y cuán crítica sería la suerte del enemigo, empujado en caso de derrota hacia el Chiesa ó hacia el lago. Su primera idea había sido aprovecharse de aquellas ventajas. Cuando una nueva decisión del cuartel general les hubo conducido otra vez al otro lado del Mincio, empezaron á echar de menos lo que habían abandonado, tanto que se les ocurrió un segundo cambio y volvieron á seguir el plan primitivo. Por esto, en 23 de junio, el enemigo había pasado nuevamente el Mincio, llegando al anochecer á Pozzologo, Solferino, Cavriana y Guidizzolo. Apoyaba su extrema derecha en las vertientes de las orillas del lago y se extendía por la derecha hasta Medole. ¿Cómo tan gran movimiento pudo escapar á nuestra vigilancia? El terreno, cubierto de árboles en el llano y lleno de barrancos en la montaña, favoreció á los austriacos. Su marcha no les acercó á nosotros hasta muy avanzado el día, de modo que nuestras patrullas no señalaron de pronto más que vanguardias. Al llegar los informes, se tuvieron por inexactos ó exagerados. ¿Era posible que el enemigo, después de haber pasado el Mincio, retrocediese á la orilla abandonada? No era posible creer en tan súbitas variaciones.

En esta campaña las faltas se compensaron casi siempre. Nuestros adversarios no estaban mejor informados que nosotros. Durante aquella noche del 23 al 24 de junio, aliados y austriacos acamparon á dos leguas escasas unos de otros, con una tranquilidad que confundió. La orden de marcha del 24 había de determinar fatalmente la batalla, sin que nadie la esperase. Abandonando á cosa de las nueve sus vivaques, los austriacos habían de llegar á Lonato y Castiglione y coronar sus alturas. El itinerario de los aliados era el siguiente: á la derecha Niel con el cuarto cuerpo avanzaría de Carpenedolo hacia Guidizzolo por Medole; Mac Mahón con el segundo cuerpo se dirigiría de Castiglione hacia Cavriana; en el centro Baraguey de Hilliers, siguiendo las colinas, subiría de Esenta hacia Solferino; á nuestra izquierda los sárdos, cerca del lago, tendrían por objetivo Pozzologo. La guardia, dejada de reserva en Montechiaro, ganaría Castiglione, mientras el tercer cuerpo, que se hallaba aún en la otra ribera del Chiesa, pasaría el río y, protegiendo nuestra extrema derecha, se encaminaría hacia Medole (1). Como se ve, entre los austriacos que iban á la defensa de las alturas y los aliados que se disponían á ir en busca del enemigo al otro lado del Mincio, el encuentro, aunque no previsto para aquel día, era inevitable, tan inevitable como el choque de dos trenes lanzados en sentido inverso por una misma vía.

Al amanecer, Niel partió de Carpenedolo, dejando atrás, pero mucho más allá del Chiesa, á Canrobert, quien al mismo tiempo levantaba sus tiendas. Siguió durante cinco ó seis kilómetros la carretera de Medole. La división Luzy marchaba á la cabeza, precedida de dos escuadrones de cazadores. Aunque el terreno era llano, estorbaban la vista los morales y los árboles que rodeaban los campos de trigo ó de maíz. Bajo la impre-

(1) *Campagne de Napoléon III en Italie*, redactada en el depósito de la guerra, págs. 384-386. — Véase el mapa intercalado en la pág. 320.

sión de las ideas que dominaban en el cuartel general, Luzy no creía en la batalla. En el camino interrogaron á varios campesinos: unos contestaron que los austriacos habían vuelto á presentarse y otros anunciaron que el país estaba libre. Ya se veía á unos quinientos metros el campanario de Medole cuando nuestra caballería topó, cerca de una granja, con un pelotón de lanceros enemigos. Los nuestros cargaron, pero luego fueron detenidos por una tropa bastante importante de infantería apoyada por varios cañones. Replegáronse á toda prisa. Luzy recibió las órdenes de Niel, que dispuso avanzar y apoderarse de Medole. Dos batallones de infantería y algunos escuadrones de caballería defendían las cercanías del pueblo. Después de un corto combate, éste cayó en poder de los nuestros. Pero en el llano, más allá de Guidizzolo, varios cuerpos de ejército austriacos vivaqueaban, el noveno y el tercero juntos y el onceavo muy atrás; fuerzas imponentes que presagiaban á la columna de Niel, la más aventurada de todas, una ruda y ardiente jornada.

Mac Mahón, que con el segundo cuerpo había levantado á la misma hora que Niel su campo delante de Castiglione, también había encontrado á los austriacos. Después de haber andado tranquilamente unos cinco kilómetros por la hermosa y ancha carretera de Mantua, y cuando sus descubiertas llegaban á una casa de campo situada en el cruce de un camino y conocida con el nombre de Casa Morino, había sido atacado por los cazadores enemigos. Mac Mahón suspendió su marcha y subió luego al Monte Medolano, pequeño promontorio inmediato á la carretera y que domina el llano. Delante de él, en las alturas de Cavriana, se desplegaban largas filas austriacas. A la derecha, entre Carpenedolo y Medolo, todo permanecía aún en silencio; después de larga espera distinguió la cabeza de la columna Niel y oyó luego por la parte de Medole el tiroteo, señal del combate que acababa de empezar. Otro espectáculo llamó poderosamente la atención de Mac Mahón. A su izquierda y un poco hacia atrás, al pie y en las vertientes de las colinas, vió destacamentos franceses que aparecían, desaparecían y volvían á aparecer, tiroteando con el enemigo y cuyo fuego crecía por momentos en intensidad.

Eran las tropas de Baraguey de Hilliers. El comandante del primer cuerpo no había sido sorprendido, al menos tanto como sus colegas, pues desde la víspera había previsto la eventualidad de una lucha y dispuesto para el caso la marcha de sus lugartenientes. Al amanecer salió de Esenta hacia Solferino. Una de sus divisiones, la de Forey, tomó el camino que contornea las laderas; la otra, la de Ladmiraull, siguió la ruta de las alturas. La tercera división, la de Bazaine, que no había de partir hasta las seis, acababa de levantar sus tiendas. Al ladear las colinas, Forey fué atacado por el flanco izquierdo. Desalojó al enemigo, aunque no sin algunas bajas, del monte Rosso, de varias aldeas, tales como Grole y Fontana, y, finalmente, del monte Fenile; estos eran los combates que Mac Mahón pudo observar desde el llano y de los cuales vió confusamente algunos episodios. En cuanto á Ladmiraull, apenas hubo llegado á las alturas cuando se presentó á su vista, á unos cuatro kilómetros de distancia, el pueblo de Solferino con su cementerio, su iglesia, su castillo á la izquierda,